

## PARA CUANDO ME VAYA

*Para cuando me vaya no habrá amanecido, ni para el amor ni para el olvido. Nacha Guevara.*

Aquí estoy, para lo que gustes y mandes. Los dos cara a cara. No hay nadie. Mandé a mis hijos a sus casas diciéndoles que estaba bien, que yo les hablaría si me pasaba algo. Cuando me pasa es cuando me visitan.

Fíjate hijo que se me descompuso la tele o el refri o lo que sea. María, no podrás pasar un momento, el médico me mandó que me inyectara y ya sabes que por acá no hay quien lo haga. Mario, ¿me puedes llevar al hospital?, tengo que ir temprano a que me tomen un electro. Les pedí que me lo hicieran más tarde pero ya sabes cómo son. Gracias.

Hoy vinieron los tres. Fue mi culpa. Les dije que tenía un dolor fuerte en el pecho. Pero no fue nada o al menos eso les dije cuando me pasó un poco. Nuevamente les di las gracias por venir. Y es que no es fácil para ellos estar atendiendo a un viejo como yo y hacer todo lo que dicen que hacen. Ay, papá, si no tienes nada para qué nos haces venir, yo tenía que llevar a mis hijos a su clase de música. Yo dejé una junta de negocios por venir. Y yo tenía que llevar mi auto a la verificación, es el último día. Gracias, ustedes perdonen. ¿Quieres algo más? No, nada, gracias.

El dolor no se me ha quitado, ahí está, no tan fuerte como en la mañana cuando se me ocurrió mover mi cama para encontrar mi zapato. Sólo a mí se le ocurre. Pero a lo hecho pecho. Lo chistoso del caso es que no estaba, el zapato, lo había dejado en el baño. Uno de mis hijos lo encontró y me lo mostró poniéndolo frente a mis narices y sacudiéndolo.

Ya todo esto pasó. Ahora quiero que tú y yo podamos hablar un momento. Lo podemos hacer en paz o si gustas en guerra. A mí me da lo mismo. Lo cierto que hace mucho que lo quiero hacer. Ya estoy harto de tu presencia, de tus amenazas. Por tu culpa no he dormido muchísimas noches.

No, no te escondas, no seas cobarde, enfréntate. ¿No que muy fuerte, muy invencible? A ver, quiero verte. ¡Aquí! Se me hace que tú eres de esas que agarran las cosas y luego esconden la mano.

¿Sigues escondida? No importa. Sé que aquí estás, lo siento en el cuerpo. No es la primera vez que me visitas. Bastante te vi cuando te llevaste a mi mujer. Te vi y te sentí, más lo segundo que lo primero. Tu frío es diferente que todos los otros fríos. El tuyo es entre húmedo y quemante. Hoy lo siento.

Dime, por dónde me vas a atacar. ¿Por el pecho?, míralo, ya me lo descubrí para que claves tu cuchillo. Te pido solamente que lo hagas rápido y no falles el golpe. No quiero estar revolcándome en el piso horas y horas o minutos. Es igual. Dicen que el mejor lugar es junto al pezón y que el metal debe entrar entre dos costillas. No puedes fallar. Ya hace tiempo que estás intentándolo. Hoy temprano fue el último. No me digas que ya estás vieja o cansada y por eso no siempre atinas. Ese es tu trabajo y tú lo aceptaste.

¿Va a ser en la cabeza? Tú sabes que eso sería una chingadera tuya, y perdona la palabra. Si algo me importa es mi cerebro, quiero estar conciente hasta el último segundo y no quedar sin saber nada ni sentir nada días o semanas. Ya bastante he sufrido con mis olvidos. Pero éste sería el olvido total. Yo siempre te he respetado, respétame ahora tú a mí. Hagamos un trato. Acepto hasta que el dolor del pecho dure horas pero tú júrame no atacarme por lo que más amo en mi vida, mis pensamientos, mis ideas, mis recuerdos.

¿Quieres paralizar mis pulmones? Hazlo. Esos me importan mucho menos. Claro que sé que el sentir que te asfixias debe ser terrible pero me lo puedo aguantar. Lo mismo si me atacas cualquier otra parte de mi cuerpo. Puedo desangrarme por alguna várice rota o un aneurisma. Eso no estaría tan mal, creo yo. Te has de ir desmayando poco a poco.

Lo que jamás aceptaré es hacer el trabajo por ti. Eso nunca. Que a gusto para ti ¿no? Y mira que tengo muchas cosas para hacerlo: pistola, pastillas, vivo en un octavo piso, puedo ir al Metro y arrojarme. Pero no. Desquita tu suelo.

Sigo esperando. ¿A qué horas llegas o más bien a qué horas vas a hacer tu trabajo? No voy a estar esperándote toda la noche. ¿O acaso me tienes miedo? No lo creo.

Vaya, ya llegaste. Gracias. ¿Quieres que me acueste o está bien aquí? Lo que tú digas. ¿Me dejas poner algo de música? Siempre para los grandes acontecimientos la pongo o me la tocan. Te iba a pedir que me dieras tiempo para escribir a mis hijos, a mis amigos. Pero eso es cursi. Lo que de mí les interesa ya lo dejé arreglado en mi

testamento. El que les diga que siempre los he amado no va a cambiar nada. O lo saben o no lo aceptan. El pedirles que no tiren nada de mis cosas que amo, como mis libros y mis discos, les dará coraje y harán lo que ellos quieran. Mis amigos me seguirán muy pronto, la mayor parte son de mi edad, por eso para qué decirles adiós, mejor los veo después. Así que como ves estoy listo. Gracias por dejar poner a Mozart. Estuve entre él y Beethoven, pero creo que el primero es el más adecuado para este momento.

Mi descanso será ya no pensar más en ti con desesperación como lo he hecho tantos años. Gracias por eso.

Ven.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007